

---

## LA « RESTAURACIÓN », PERÍODO DE PRUEBA PARA LA IGLESIA

Marcel Légaut (1)

La restauración que se anuncia está ya en marcha. El cardenal Ratzinger, hombre inteligente y valeroso, que sabe decir claro lo que piensa y que quiere con firmeza lo que decide, lo asegura. Se le puede creer. Además, no está solo. Un equipo, ya casi todopoderoso, se ha constituido progresivamente según un proyecto claramente concebido y tenazmente perseguido. Los puestos de decisión importantes se van ocupando, poco a poco, aprovechando el oportuno retiro por edad de sus titulares. Es más, nada faltará al éxito de la empresa, ni siquiera un cuerpo bien disciplinado y «financieramente» bien guarnecido que, mezclado con las multitudes que se reúnen, sabe arrancar a tiempo los aplausos y orquestar también las protestas cuando las palabras que se pronuncian –se necesita tener coraje, y sólo algunas mujeres han osado hacerlo– no están conformes con los textos que antes han sido convenientemente revisados y corregidos por los servicios de la curia.

Algunos aspectos de esta restauración, enumerados rápidamente, son: – Los impedimentos múltiples a una verdadera pedagogía catequética y bíblica y la vuelta a las fórmulas fijas. – El rechazo de

---

(1) Estas páginas son el último apartado del Prefacio de *Creer en la Iglesia del futuro* (Santander, Sal Terrae, 1988, págs. 22-27). En 1985, Légaut antepuso este Prefacio a la edición, en libro aparte, de cuatro de los cinco últimos capítulos de su Tomo II (*Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du Chistianisme*), publicado quince años antes (en 1970). Los editores y el propio Légaut juzgaron que, dadas las tensiones internas del catolicismo, estos capítulos continuaban vigentes.

La razón de poner estas páginas de Légaut como cierre de la primera sección de este Cuaderno se explica en la Presentación: tras la Entrevista de 1985, el testimonio de É. Borne y la reflexión de J. Perret, estas páginas centran, más allá de enfoques y opciones distintos, la actitud hacia la tradición que ambos recibieron de Monsieur Portal y que los editores de estos *Cuadernos* valoramos.

los ensayos de renovación en la pastoral penitencial. – El bloqueo de algunas cuestiones que plantea la gente que está en la avanzada de la Iglesia en diferentes regiones del mundo: inculturación del cristianismo en África, en Asia, etc., ordenación de casados, ministerios femeninos... – El endurecimiento del foso entre sacerdotes y laicos (a los laicos la acción en el mundo, a los sacerdotes el culto). – La contradicción entre un discurso público en favor de los pobres y las sospechas que se difunden sobre las teologías de la liberación. – El retraso táctico en la nominación episcopal de sedes vacantes hasta poder colocar al predestinado desde fuera. – La fundación de nuevos organismos que duplican a los que se abrieron a raíz del Concilio y que terminarán por dominar, dada su dotación de medios poderosos.

¿Cómo se ha podido llegar al convencimiento de que la vuelta a los errores y defectos del pasado es el único modo de remediar las deformaciones y desviaciones del presente, siendo así que los primeros, precisamente, se cuentan entre las causas más importantes de las segundas? Ciertamente, el temor de que esos desórdenes se perpetúen influye en parte. ¿Qué hombre de gobierno no sería sensible a ello? Pero, además, está el vértigo de lo que habría que arriesgar para levantar un porvenir desconocido y lleno de amenazas. ¿Quién que reflexione podría dominar ese vértigo, a no ser que tenga la fe que mueve montañas?

Por eso, este período, marcado por un esfuerzo de restauración, es necesario al devenir de la Iglesia y a su fidelidad, de la misma manera que en el hombre verdadero son necesarias las crisis que le vienen cuando su vida espiritual languidece, se deteriora y tiene que convenirse de nuevo. Tanto más profunda y cruel es la crisis cuanto más grave y exigente es el futuro de este hombre. Así ocurre, en efecto, con la Iglesia. ¿No lo muestra su historia? En los momentos de mayores desfallecimientos y desbordamientos, se alzan creyentes de talla que se adelantan a su tiempo y preparan el futuro.

Y el pueblo. En verdad, aunque todo se decide sin contar con él, nada se hace sin él. En su base y no en la cabeza se hace el trabajo más importante, aquél del que depende el futuro. Ahí es donde se

pueden entrever los primeros anuncios balbucientes de la Iglesia de mañana, que lentamente se abre paso. Mil búsquedas condenadas al error, otros tantos ensayos destinados a fracasar, todos se ayudan, por una especie de misteriosa interacción, quizá comunión, que prepara el «monasterio invisible» de los discípulos de Jesús «dispersados hasta los confines de la tierra». ¡Qué vitalidad hierve hoy en las Iglesias que ayer dormitaban en torno a las cátedras del magisterio y los coros de las catedrales! Cuando, por una parte, se sienten los primeros espasmos de las cristiandades agonizantes, por otra, todos los temores y miedos que oprimen a la Iglesia, en un sufrimiento de mutación, pueden encontrar algún remedio a la vista de esta fuerza, todavía latente, pero que avanza en olas sucesivas... Pero, para reconocer esta fuerza en su savia más que humana, hay que colaborar en su acción en el Mundo, con la totalidad de sí mismo en el don que sólo la muerte acaba, al darle su cabal cumplimiento...

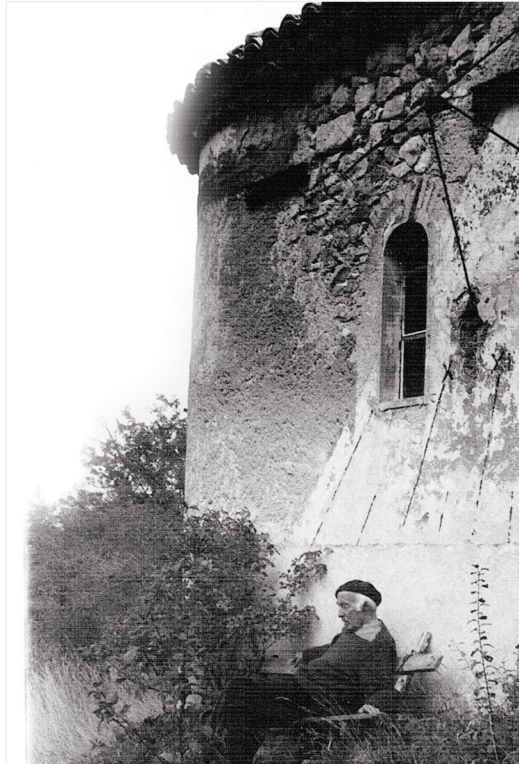
La hora es grave para la Iglesia, para todas las Iglesias, aunque sus situaciones sean diferentes y apunten a maneras de ser y de pensar, de decir y de hacer, muy diversas. Para una minoría no despreciable de cristianos, sacerdotes y laicos, para los que lo que está en juego se cuenta entre lo más querido (más querido incluso que la misma vida), los signos que acuden actualmente de todas partes del horizonte, presagian, en el orden de las ideas y de los comportamientos, definiciones y decisiones que pretenderán ser irrevocables y se esforzarán en señalarlo. Para algunos, para los que las esperaban con todas sus fuerzas desde el final del Concilio, serán fuente de satisfacción. Pero, ¡cuántos otros creyentes —entre los que se cuenta el autor— tendrán que soportar sufrimientos difíciles de asumir de forma que no sean esterilizantes y funestos para su vida espiritual, lo mismo que para su acción en la Iglesia; sufrimientos tanto mayores cuanto que, gracias a su experiencia como testigos de la fe ante los hombres, prevén que las vías que se pretende reabrir abocan, sin remedio, a situaciones sin salida...!

Ojalá que las medidas autoritarias, que se van a imponer próximamente al pueblo cristiano, no acentúen el desapego —ya muy grande— de las capas más vivas del pueblo cristiano; por ejemplo, de aque-

llos que, por sus exigencias intelectuales –multiplicadas y acentuadas por los resultados de la Ciencia, y a veces también por sus pretensiones–, tienen dificultades en sentirse satisfechos con lo que la Iglesia se contenta con enseñar. Como demasiado a menudo en el pasado, ¿no se verán empujados, muchos de ellos, a desesperar de ella y a abandonarla silenciosamente, de puntillas y sin ruido? Su marcha hará todavía más difícil y más improbable, la mutación de la que la Iglesia precisa insoslayablemente para ser fiel a su Misión.

Pero no sólo es tiempo de prueba para una minoría. En los próximos tiempos se revelará, de forma meridiana, lo más profundo del ser de todo cristiano. Los cristianos, más allá de su hacer y decir, serán juzgados por el tesoro escondido debajo de su conciencia, que se revelará de modo manifiesto; el tesoro que nutre el fervor de sus comportamientos más que las razones que suelen aducirse manifestará, plenamente y sin componendas, lo que esencialmente viven los cristianos en el plano de «su religión», y que tan a menudo resulta tan superficial... ¡Entonces se verá qué pocos son los cristianos que reflexionan, seriamente y de forma adulta, aquello que creen! La gran mayoría no lo hace nunca, o sólo por personas interpuestas, o sólo en tiempos fraudulentamente introducidos, entre paréntesis, en el curso de su vida...

Ojalá que nadie se desaliente en esta hora de la verdad que suena sin cesar, como cuando tocan a muerto. Son tiempos en que, privados poco a poco de las facilidades abundantes de una cristianidad poderosa, se verán desposeídos de certidumbres y seguridades heredadas tranquilamente al nacer. Por eso, los cristianos tendrán que reconocer que, lo mismo que su Iglesia y en unión con ella, cada uno necesita personalmente un nuevo nacimiento, comparable en importancia al primero. Cada uno, según las etapas de su conversión, deberá trabajar en un nuevo advenimiento de la Iglesia, sabiendo que tal obra ha de ser incesantemente cuestionada y reemprendida. Así conocerá cada uno, a lo largo de su vida y en el tiempo oportuno, la hora a la que fue llevado Jesús al final de sus días; allí donde la fe desnuda, la esperanza desesperanzada y el amor impotente y blasfemado se mantienen en pie en medio del abando-



*Capilla de Les Granges*

---

no: hora y pórtico que abren al misterio en el que todo principia y encuentra su fin.

Ojalá el autor, con estas reflexiones y las que siguen en este libro, pueda ayudar a los buenos obreros del cristianismo del mañana tanto a dominar la angustia que desespera como a desarmar la ira que amarga cuando se tiene a la vista lo que se avecina. ¿No es fundamental, acaso, que los cristianos, a toda costa, perseveren en su interés por los destinos de la Iglesia, incluso si se les empuja fuera, y también que persistan, aunque ella los rechace, en ayudarla a llegar a ser la Presencia que el Mundo necesita perentoriamente, aun sin saberlo, para no verse llevado, paradójicamente, a su ruina, a fuerza de sus propios progresos tanto en el orden del conocimiento como en el de la técnica?

— Jesús, en estos tiempos en que por todas partes lo viejo cruje y en que, sin embargo, al no apreciar las iniciativas verdaderamente creadoras, se llega a exaltar un pasado cuyas deficiencias, cercanas al contrasentido y a la traición, son causa de la crisis del presente; en estos tiempos en que, por reacción, algunos se aferran a lo que todavía permanece, aunque no sea más que ruina; en estos tiempos en que se intenta revivir lo que otrora era vivificante y ahora no puede ser sino engaño piadoso; en estos tiempos, da a tus discípulos la paciencia que Tú no tuviste posibilidad de ejercer porque eras demasiado grande, demasiado «poderoso» para que te lo permitieran. Tu mensaje iba muy por delante de tu tiempo. La brecha que tu mensaje tenía que abrir, a través de todos los siglos y lugares, ¿no exigía de Ti la impaciencia «suicida» que rápidamente hizo que te condenaran a muerte y te hicieran desaparecer? Da a tus discípulos la luz y el poder de vivir, de modo perseverante y discreto, en la fe y en la fidelidad, a fin de que sean, cada uno en su lugar —el más modesto y oculto es el mejor—, los obreros, ínfimos y efímeros pero necesarios, de este combate entre lo nuevo y lo viejo que no cesará mientras que, en esta tierra y en tu seguimiento, haya hombres que se levanten como Tú lo hiciste, y que perseveren de pie y sin decaer en el camino, gracias a lo que Tú has llegado a ser para ellos.